Cuando gritar es el único lenguaje que funciona

Por Dr. Peter Beddow, BCBA-D



<!-- accessible-behavior-pdf-download -->

 Descargar este artículo en PDF

<!-- /accessible-behavior-pdf-download -->

Imagine tener algo importante que decir, pero no contar con las palabras para decirlo. Podría tener hambre, sentirse incómodo, asustado, frustrado o simplemente decepcionado. Las personas que lo rodean son amables y de verdad quieren ayudar, pero siguen sin entenderlo. Con el tiempo, descubre que hay una conducta en particular que capta su atención de inmediato. Grita. Y funciona. Alguien acude corriendo. Alguien empieza a hacer preguntas. Alguien le ofrece cosas, retira una tarea difícil o intenta desesperadamente averiguar qué necesita. Quizá no haya aprendido a explicarse, pero sí ha aprendido a obtener una respuesta. Esta es una forma importante de entender algunas de las conductas desafiantes que observamos en niños con déficits significativos del lenguaje. La conducta puede ser disruptiva, desagradable o incluso peligrosa, pero a menudo tiene una historia que tiene sentido. La niña ha aprendido algo sobre cómo responde el mundo. Nuestro trabajo no consiste

simplemente en hacer que la conducta se detenga. Nuestro trabajo consiste en ayudar a la niña a aprender algo mejor. <h2>Cuando las personas adultas enseñan a gritar sin querer</h2> Los niños aprenden de lo que sucede después de que se comportan de cierta manera. Cuando una conducta produce repetidamente un resultado deseable, es más probable que esa conducta vuelva a ocurrir. Supongamos que una niña grita cada vez que una persona adulta le presenta una actividad que no quiere hacer. Si la persona adulta retira la actividad de forma constante, la niña puede aprender que gritar es una manera eficaz de escapar. Del mismo modo, si gritar lleva a las personas adultas a ofrecerle juguetes, refrigerios, atención u otras cosas que prefiere, la niña puede aprender que gritar es una manera eficaz de conseguirlas. Las personas adultas implicadas pueden estar actuando por auténtica compasión. Ven a una niña que está pasando un mal momento y quieren mejorar las cosas. Lamentablemente, las consecuencias de nuestras acciones pueden enseñar algo muy distinto de lo que pretendíamos. Con el tiempo, gritar puede convertirse en la forma más fiable que tiene la niña de influir en las personas que la rodean. Esto no significa que cada grito sea deliberado ni que cada episodio cumpla el mismo propósito. Una niña puede gritar para escapar de una exigencia en una ocasión. En otra, puede gritar porque se siente abrumada o no puede comunicarse. El dolor, la incomodidad sensorial, la ansiedad y la confusión también pueden influir. Comprender las circunstancias que rodean la conducta es esencial. <h2>El problema de limitarse a detener los gritos</h2> Puede resultar tentador centrarse por completo en reducir la conducta desafiante. Podríamos enseñarle a la niña que gritar ya no le permitirá obtener un objeto preferido ni escapar de una expectativa habitual. Con constancia, la conducta puede disminuir. Pero pensemos en lo que ocurre si logramos reducir los gritos sin enseñarle a la niña una forma más eficaz de comunicarse. Es posible que la niña siga teniendo hambre. Puede que siga asustada, confundida, frustrada o sin poder explicar por qué no quiere participar. Hemos cambiado la manera en que se le permite responder sin mejorar necesariamente su capacidad de ser comprendida. Eso no es suficiente. Una intervención completa debe abordar tanto la conducta que queremos reducir como las habilidades de comunicación que queremos desarrollar. Queremos que la niña descubra que existen mejores maneras de influir en su mundo, y debemos hacer que esas alternativas sean realmente útiles. <h2>Primero, comprender qué intenta conseguir la niña</h2> Cuando una niña grita, quiero que las personas adultas que la rodean sientan curiosidad por lo que está pasando. ¿Está intentando obtener algo?
¿Está intentando evitar algo?
¿Está confundida sobre lo que se espera de ella?
¿Está incómoda?
¿Necesita ayuda, tranquilidad, movimiento o conexión con otra persona? No siempre conoceremos la respuesta de inmediato. A veces la niña no tiene el lenguaje para decírnoslo. A veces están ocurriendo varias cosas a la vez. Precisamente por eso necesitamos desarrollar un sistema de comunicación más rico. El objetivo es pasar de que las personas adultas adivinen lo que la niña quiere a que la niña sea cada vez más capaz de decírnoslo. Esa distinción es importante. Una madre o un padre puede saber que un gesto concreto significa que la niña quiere jugo. Una terapeuta puede reconocer que una expresión concreta significa que se está frustrando. Pero esas interpretaciones dependen de que alguien conozca a la niña extremadamente bien. Queremos una comunicación que funcione también con otras personas. <h2>Enseñar una forma mejor y hacer que funcione</h2> Supongamos que una niña quiere beber algo y ha aprendido a gritar hasta que alguien se lo trae. No tenemos que esperar a que grite y luego ofrecerle bebidas hasta adivinar la correcta. Podemos enseñarle una manera clara de pedir lo que necesita. Eso podría implicar: entregarle a alguien una imagen de jugo
seleccionar un símbolo en un dispositivo de

comunicación
hacer una seña
decir una palabra
producir un sonido del habla emergente La respuesta adecuada depende de las capacidades de la niña y de su plan de comunicación. Cuando la niña se comunica, respondemos. Hacemos que la nueva conducta sea valiosa demostrando que funciona. Si pide jugo, le damos jugo cuando lo hay. Si pide ayuda, la ayudamos. Si nos dice que algo le duele, lo tomamos en serio. Si comunica que está triste, reconocemos su tristeza y le ofrecemos consuelo. La niña no debería tener que gritar para que la escuchemos. Al mismo tiempo, no todas las peticiones pueden concederse de inmediato. Una niña puede pedir una actividad favorita cuando hay otra actividad programada primero. Podemos reconocer la petición, explicarle lo que va a pasar y ayudarla a tolerar la espera o la decepción. Lo importante es que la comunicación sea escuchada, incluso cuando la respuesta no sea un sí inmediato. <h2>Reconocer, poner un límite y enseñar</h2> A menudo organizo la intervención conductual en torno a tres responsabilidades relacionadas: 1. Reconocer el motivo de la conducta. 2. Poner un límite justo y firme. 3. Enseñar una nueva forma. Reconocer significa que tomamos en serio la experiencia de la niña. Reconocemos que algo ha sucedido, que la niña quiere o necesita algo, o que le está costando una expectativa. Poner un límite significa que mantenemos límites razonables. Gritar no cancela automáticamente una actividad adecuada ni nos obliga a conceder cada petición. Los límites deben ser comprensibles, proporcionados y sensibles a las necesidades y capacidades de la niña. Enseñar una nueva forma significa que ayudamos activamente a la niña a desarrollar una respuesta más eficaz. No nos limitamos a esperar a que lo descubra por sí misma. Estas responsabilidades se superponen. Podemos permanecer cerca de una niña angustiada, reconocer sus sentimientos, ofrecerle apoyos para la comunicación y mantener una expectativa razonable, todo al mismo tiempo. No hay contradicción entre la compasión y la constancia. <h2>Lo que aporta la investigación</h2> Las ideas anteriores son mi propia manera de organizar este trabajo. Algunas investigaciones publicadas son coherentes con partes de ellas. En un estudio de 1985, Carr y Durand identificaron primero las situaciones en las que era más probable que aparecieran problemas de conducta, como rabietas, agresiones y autolesiones. En el caso de los niños estudiados, estas incluían poca atención por parte de las personas adultas y tareas difíciles. Después enseñaron a cuatro niños con discapacidades del desarrollo a pedir atención o ayuda a las personas adultas. Los problemas de conducta disminuyeron. Los autores describieron sus resultados como coherentes con la idea de que algunos problemas de conducta pueden funcionar como una forma no verbal de comunicación. Se trató de un estudio pequeño, y no demuestra que toda conducta desafiante sea comunicación. Este enfoque general se conoce como entrenamiento en comunicación funcional. Tiger, Hanley y Bruzek (2008) escribieron una revisión y guía práctica sobre este tema para quienes deseen más detalles. Hart y Risley (1975) estudiaron el lenguaje enseñado durante interacciones que surgían de forma natural entre personas adultas y niños en un preescolar. El nuevo lenguaje de los niños se utilizó primero con el profesorado y más tarde con otros niños. Ese estudio se centró en una habilidad lingüística específica durante el juego habitual en preescolar. No constituye evidencia directa sobre los gritos. Es pertinente para una de las aspiraciones de este artículo: una comunicación que funcione con más personas que la única persona adulta que mejor conoce a la niña. <h2>El objetivo es más que el silencio</h2> Una niña que grita menos puede estar haciendo progresos importantes. Pero una niña más callada no es necesariamente una niña que pueda comunicarse de forma más eficaz. Quiero saber si puede: pedir ayuda
expresar frustración
decirle

a alguien que se ha hecho daño
pedir una actividad preferida
rechazar algo que no quiere
compartir lo que siente Quiero saber si puede hacer esas cosas con distintas personas y en distintos lugares. Esos son los resultados que importan. El objetivo no es simplemente sustituir a una niña ruidosa por una callada. Es ayudar a una niña a la que le ha costado ser comprendida a descubrir que tiene voz, que su comunicación importa y que las personas que la rodean están dispuestas a escuchar. Una intervención exitosa no se limita a cerrar el viejo camino. Abre uno mejor. <h2>Referencias</h2> Carr, E. G., & Durand, V. M. (1985). Reducing behavior problems through functional communication training. Journal of Applied Behavior Analysis. https://doi.org/10.1901/jaba.1985.18-111
Tiger, J. H., Hanley, G. P., & Bruzek, J. (2008). Functional communication training: A review and practical guide. https://doi.org/10.1007/bf03391716
Hart, B., & Risley, T. R. (1975). Incidental teaching of language in the preschool. Journal of Applied Behavior Analysis. https://doi.org/10.1901/jaba.1975.8-411

Seguir aprendiendo

Open the companion resource and choose the next practical step.

https://accessiblebehavior.com/go/cuando-gritar-es-el-nico-lenguaje-que-funciona

Sobre el autor

Teacher at heart, behavior analyst, and writer, Dr. Peter Beddow has spent more than two decades helping children, families, and school teams navigate autism, behavior, trauma, and learning differences with clarity, structure, and hope. He studied English Literature and Creative Writing at Middlebury College and earned a PhD in Special Education from Vanderbilt University’s Peabody College, where his work focused on fairness, learning, and access in assessment. Peter has worked as a teacher, special educator, clinical director, consultant, and board certified behavior analyst in homes, schools, and clinics. He founded Accessible Hope, a Nashville-area practice supporting diverse families, and writes and teaches practical, humane approaches to behavior and learning.

Alcance y seguridad

This article provides general educational information. It is not individualized medical, behavioral, mental-health, legal, or emergency advice. Individual support should consider the learner’s communication, health, safety, disability-related needs, culture, and context.

Cómo citar este recurso

Beddow, P. (n.d.). Cuando gritar es el único lenguaje que funciona. Accessible Behavior. https://accessiblebehavior.com/go/cuando-gritar-es-el-nico-lenguaje-que-funciona

Copyright © n.d. Accessible Behavior. Todos los derechos reservados.

Artículo publicado: https://accessiblebehavior.com/resources/when-screaming-is-the-only-language-that-works-es/